

Capítulo 37 - Luces Pálidas

Lo que tiene la debilidad es que no hay nada redentor en ella.

A todos les encanta una buena historia de pícaro, en Sacromonte. Relatos de un hombre de comportamiento descaradamente vulgar que engaña a sus superiores. Engañando a comerciantes avaros con su dinero, engañando a damas vanidosas y señores pomposos para humillarse a sí mismos. Y no es un gusto que termine en las fronteras de la Niebla o incluso en el Casco Antiguo. Los infanzones, les gustaban las canciones y poemas sobre ratas tanto como al resto de la ciudad. Sin embargo, su sonrisa llevaba una pequeña mueca de burla en las esquinas.

Porque entendían que esas historias eran solo eso, que cuando un ocioso ingenioso ganaba en los relatos porque la vida en la calle le enseñaba a ser astuto, solo era lo que la gente quería que fuera verdad. En el mundo en el que vivían, los astutos sinvergüenzas eran atrapados, abatidos y arrojados a los canales. No había nada significativo en ser pobre, hambriento y temeroso, ningún sentido más elevado en ello. La debilidad no era una prueba con recompensa al final, simplemente era ser débil.

Y Tristan era débil.

No escondería esa verdad, eso solo lo mataría. Siempre necesitaría la ventaja: el veneno y la daga, la mentira y los pasos silenciosos en la oscuridad. Siempre sería la rata que corretea alrededor de las botas de los hombres. Casi había olvidado eso, en estas pruebas. Había ganado demasiadas victorias insignificantes, había obtenido demasiado respeto a los ojos de otros. Sin embargo, fue despertado de ese sueño, y aunque fue un despertar duro, casi le agradecía al Teniente Vasanti por ello.

No hay nada como negociar tu trato hasta la tortura para recordarte tu lugar en el orden de las cosas.

Pero Tristan había sobrevivido, había salido del hoyo una vez más pagando su camino y ahora debía asegurarse de no volver a caer en él cuando sus enemigos obtuvieran lo que querían. Cuando ya no fuera útil y su motivo para quitarle el dedo del gatillo pasara.

Así, en la oscuridad, antes de que la otra se levantara, después de dormir poco con su cuerpo adolorido y magullado, la rata trazó un plan contra las paredes de su mente. ¿Qué quería? Vivir. Mantener con vida a su tripulación, si podía. Primero a Maryam, luego a los demás.

Bajo una luz pálida tal vez se avergonzaba de esa brutal verdad, pero solo en la oscuridad, con el dolor, no sintió ni un atisbo de culpa. La culpa tendría que esperar hasta que dejara de saborear la sangre en su boca.

En segundo lugar, Vasanti debía morir o ser apartada del juego. La vieja teniente tenía que quedar en una posición en la que ya no pudiera venir por él, ni siquiera si quemaba todos sus últimos puentes para darle un último golpe. Ella ya había intentado matarlo dos veces y su odio por Abuela la habría llevado a intentarlo otra vez, incluso si Tristan no la hubiera ayudado indirectamente a enredarse en su propio cuello.

Dos metas eran suficientes. Más sería codicia, dispersando su enfoque. Entonces, ¿qué impedía conseguirlo?

El dios en la columna. La teniente Wen, que no toleraría la violencia contra los negros, hasta que la justicia lo sancionara. La propia Vasanti, que seguramente sabotearía sus planes si podía—hasta que pudiera hacer algo peor. Yong, que lo traicionaría si vender la piel de Tristan garantizaba llegar a la tercera prueba y mantener con vida a su esposo.

¿Maryam? No, sus propios deseos surgieron después de la Prueba de las Hierbas. Ella fue una ayuda. Francho estaría dispuesto a matar para sobrevivir, y quizás incluso por conveniencia, pero la mayoría de las personas que Tristan conocía harían lo mismo. El contrato del anciano sería incluso más importante que el mosquete de Yong y las Señales de Maryam, de todos modos.

Había amenazas mayores en la distancia, la Mordida Roja y su juramento a Wen y lo que fuera que aguardaba más allá de la Prueba de las Hierbas, pero eso no importaba. Una tumba a la vez.

Tristan volteó en su catre, sus ojos grises abiertos mientras contemplaba la piedra sobre él. No estaba solo. Fortuna, sentada contra la pared a su lado con su vestido como un charco de seda a sus pies, le hacía compañía en silencio. Ojos dorados bajo una corona de oro, pensó, contemplando su rostro por un instante, como una pintura que cobrara vida. Sus ojos regresaron a la piedra, las garras en su interior rascando las paredes de su mente.

Permaneció allí mucho tiempo, su cuerpo una opaca incomodidad, hasta que finalmente vio cómo encajaban las piezas. Solo entonces, el ratón cerró los ojos.

“Unirse a la corte de los gatos”, susurró Tristan Abrascal, sonriendo suavemente.

El sueño se le coló sigiloso.

--

En las horas pequeñas antes del alba, antes de que despertaran los demás, a Tristan le entregaron una pequeña copa con veneno blanquecino y lechoso.

No parecía así cuando vendían en las calles. El té negro que las camarillas servían en sus guaridas era tan oscuro como su nombre indicaba, y la tintura de socorro, esa supuesta medicina milagrosa que aseguraba curar desde la tos hasta la impotencia, era de un rojo-marrón. Ambos mezclados con otras sustancias, especialmente el socorro—que cada charlatán y hechicera callejera del Manto o del Huerto reclamaban tener una receta familiar potente. Pero todo volvía a la misma planta: la amapola.

Tristan había visto los frutos de ese capullo abrir demasiados hombres para confiar en él, pero se obligó a beber el extracto de todas formas.

Los matones no dejaron marcas visibles durante sus conversaciones con el Teniente Vasanti, pero Tristan había sido brutalmente golpeado y su cuerpo aún sentía dolor, como si permaneciera así. Si quería moverse como necesitaba, el dolor debía menguar. Por eso, el extracto de amapola. No compensaría el insomnio que acechaba tras sus ojos, tirando de sus pensamientos en una dirección y en otra, pero eso tendría que resolverlo él mismo. Las pocas horas de sueño con moretones que logró tras planear, tendrían que sostenerlo hasta que pudiera desplomarse.

“Recomiendo no combinar la amapola con sustancias de tu caja”, dijo el médico de la Guardia, acariciando su barba escasa. “Aunque supongo que tú sabes mejor que eso.”

“Lo sé”, afirmó Tristan.

No quedaba nada en su caja aparte del ungüento de gato de barba y el trementina medicinal; no después del último adiós de Vanesa. Ya había trasladado los últimos frascos a su bolsa, junto con los pocos suministros médicos que había conseguido de la Guardia, dejando la caja como peso muerto. Y pensar que hace unos días había matado a un hombre por ese montón de madera rota. Lo rápido que se gasta tanto valor, aunque no debería sorprender.

En Sacromonte, las vidas siempre se podían obtener a bajo coste.

El médico de la Guardia asintió en despedida, guardó su equipo y salió. El ladrón rodó los hombros un poco, atónito por la sensación, y finalmente se giró para encontrar la mirada del otro hombre presente. El que necesitaba negociar para comenzar a preparar la jugada, y afortunadamente, el que quería hablar con él. Lo mejor sería empezar por eso, solo para buscar una ventaja.

—¿Querías una palabra? —dijo Tristan.

—Algo así —respondió el teniente Wen.

El Tianxi con los marcos dorados, por una vez, no estaba comiendo. Quizá habría considerado eso un mal presagio, si es que Wen no fuera ya inherente a esa categoría.

—Entonces, soy todo oídos. —dijo Tristan.

Wen lo observó por un instante, luego suspiró. Buscó en el bolsillo de su chaleco y extrajo un reloj de bolsillo de bronce, colgado de una cadena. Era una pieza sencilla pero hermosa, que aún marcaba el tiempo con precisión. El ladrón se quedó quieto, porque ya lo había visto antes, sobre todo durante la Prueba de las Líneas.

—Ese es el reloj de Vanesa. —dijo Wen.

—Lo es —respondió Wen, y lo arrojó.

Tristan entró en pánico, pero incluso con sus reflejos atenuados, eran mejores que la mayoría. Catchó la cadena y después el resto, lanzándole una mirada oscura al grueso Tianxi. No parecía importar al vigilante.

—Es tuyo —dijo Wen.

Frunció el ceño, buscando la trampa.

—¿Por qué? —preguntó.

El Tianxi resopló.

—Porque esa vieja debe haber vaciado tus arcas matando a ese duro de Aztlán —explicó Wen—. Murió de manera rápida y fea.

Tristan disimuló su preocupación, fingiendo confusión en su rostro.

—¿Mis arcas? —preguntó.

El teniente suspiró, quitándose las gafas para limpiarlas con un pañuelo de seda raído que sacó de su manga.

—La dosificación de Alvareno es lectura obligatoria para los Crípticos, pequeño tramposo —dijo Wen con amabilidad—. Reconozco una caja de venenos cuando la veo.

Tristan tragó saliva. Solo había unas cuantas razones por las que el teniente podría saber eso.

—¿Estás...? —comenzó a preguntar.

Wen había hablado con desprecio de las Máscaras antes, pero tal vez lo hacía para esconder sus huellas.

—¿Crees que te diría algo si fuera Krypteia? —replicó Wen, divertido.

Un punto serio, pensó el ladrón, aceptando mentalmente. El Tianxi echó esa idea a un lado con un gesto de mano un instante después.

—Nunca me gustaron los juegos de engañar y esconderse —dijo Wen—. Soy un buen muchacho de Arthasastra, no nos involucramos en esas cosas.

Tristan parpadeó lentamente. Como en la Sociedad Arthasastra, en el Círculo de la Vigilia, que formaba diplomáticos, ¿no?

—Eres Laurel —dijo con escepticismo.

—En realidad, soy historiador —respondió Wen con diversión—. La sociedad a la que pertenezco tiene la misión más amplia de toda la Universidad. No somos solo traductores y negociadores.

Wen parecía tener un conocimiento inusualmente profundo en la historia de la Vigilia. Además, aunque mienta, eso realmente no importa. Con los dedos cerrando alrededor del reloj, sintiendo el suave tic-tac en su interior, Tristan bajó la cabeza.

—Gracias —dijo.

El mayor lo miró fijo.

—Ella murió con dignidad —comentó Wen—. A veces, eso es lo único que uno puede desear.

No existe una muerte buena, pensó Tristan. Todos terminamos ensuciándonos y siendo arrojados a un canal cuando el putrefacto empieza a apestar. No hay nada noble en la putrefacción, Wen. Es solo carne que fue alguien y que se empieza a deteriorar. Pero, de alguna forma, el pensamiento de dejar el reloj de Vanesa en manos de desconocidos parecía una falta de respeto, así que lo guardó en su propio bolsillo. Tendría tiempo para ajustarlo más tarde.

—Me has envuelto bien —admitió Tristan—. ¿Ahora nos enfrentamos a la comida?

—Una elección poco acertada, en una isla con historia de canibalismo —observó Wen, con aire divertido—. Pero si insistes.

Manes, ¿habría algo en esta isla que no se alimentara de humanos? Bastante difícil, Tristan ya tendría que depender de esa realidad para urdir sus planes. Por fin, el teniente, satisfecho con sus gafas que, en su mayor parte, permanecían limpias al comenzar a limpiarlas, se las volvió a colocar. De alguna manera, sus ojos parecían más fríos, al estar enmarcados en oro.

“¿Aún planeas intentar subir en el ascensor?” preguntó el teniente.

Era formulada como una pregunta, una elección, pero Tristan sabía mejor. Wen solo le había brindado ayuda y protección a cambio de que saboteara la máquina etérea sobre ellos. Si fallaba en su palabra, habría consecuencias. El laberinto en cualquier caso sería un suicidio para nosotros, pensó. Yong, Maryam, Francho y él mismo no eran un equipo lo suficientemente fuerte para atravesarlo por completo, incluso si tenían alguna idea de un camino viable.

“Lo hago”, dijo Tristan, “pero ambos sabemos que los nuevos planes de Vasanti significan que los míos deben ajustarse. Tengo una preocupación.”

Cebo.

“¿Temes que encuentre el ascensor?” afirmó Wen.

Cebo tomado. No, pensé Tristan. Ella cree tener la solución a las puertas principales y lo único que necesita es que no haya más negros muertos. Se aferrará religiosamente a permanecer en la habitación de los azulejos y volverá por el mismo camino.

“Sería el fin de mis planes”, dijo Tristan. “Debo tomar precauciones, Wen. Y para eso necesito acceso a la columna.”

Wen frunció el ceño al verlo.

“Solo hay dos llaves de piedra para esa puerta”, dijo. “Vasanti las tiene ambas.”

Y probablemente no las compartiría ni siquiera si se le pidiera cortésmente. Por suerte, no tenían que mendigar.

“Hay solo dos llaves conocidas para la puerta”, corrigió Tristan.

No habían encontrado el botón de piedra en su bota. El gordo Tianxi parpadeó, luego soltó una risa sorprendida.

“Tienes una tercera”, dedujo. “Entonces, ¿qué necesitas de mí, ahora?”

“Llegar allí sin ser visto”, afirmó Tristan. “Vasanti planea atacar la columna a primera hora, así que seguramente estará vigilada en estos momentos.”

“Puedo arreglar eso”, aceptó el teniente. “Meto a mis hombres en posición, diles que busquen en otro lado.”

Luego entrecerró los ojos, apenas visible a través del delgado lente de cristal.

“Y lo haré, si me dices qué planeas hacer allí dentro”, afirmó Wen. “No participaré en ataques contra los guardianes, muchacho.”

Límite de Wen. Palanca de Wen. Aprendes lo que la gente ama y sabrás cómo moverla, susurró la voz de la Abuela en su oído.

“No tengo nada con qué dañar a la Guardia”, mintió Tristan. “Solo pretendo bloquear la puerta con la cerradura rota.”

El teniente lo observó, buscando la mentira, pero no la encontraría. La mente de Tristan parecía una puerta sin bisagra, pasando cosas sin orden, sin importar la necesidad o el sentido. El Tianxi por bien pudo haber tratado de leer un remolino.

“Razonable”, dijo Wen. “¿Y el dios interior?”

“Otra preocupación”, sonrió el ladrón con gracia. “Eso me lleva a mi última petición.”

Wen arqueó una ceja por encima de sus gafas.

“Esto promete ser interesante.”

“Necesito”, dijo Tristan, “una pierna humana.”

Y considerando cuántos guardianes habían muerto luchando contra el dios anteriormente, al menos podía contar con que el suministro superaba la demanda.

--

“Deberías haber pedido un brazo”, opinó Fortuna. “Sería más fácil de llevar.”

Tristan la ignoró en su momento. Había visto antes la pierna que ahora llevaba envuelta en tela, y notó que estaba medio carbonizada, probablemente cortada de un cuerpo en la gran pira funeraria que la Guardia había preparado fuera del Old Fort, en el mismo lugar donde Inyoni había sido incinerada. Seguro no tuvieron suficiente madera para mantenerla encendida el tiempo suficiente para convertir todos los cuerpos en cenizas.

Como los bosques más cercanos estaban llenos de cultistas sedientos de sangre, esto era comprensible.

Con Wen dando algunas órdenes, el camino del ladrón por la cuerda fue despejado y no había nadie vigilando las escaleras. Bien. No podía permitirse testigos para esto. El último botón de piedra desbloqueó la puerta, y en cuanto se abrió de golpe, Tristan rápidamente recuperó la llave antes de esconderla en su bolsillo. Sin dientes dispuestos a morderlo, él continuó con la primera parte de su plan: lanzó la pierna al interior de la habitación.

“Cena servida,” gritó.

“Vaya,” murmuró Fortuna. “Eso se puso oscuro.”

Le había dicho a Wen que necesitaba carne muerta para ocultar su olor, mantener al dios alejado de él. La verdad era que lo necesitaba por el motivo opuesto: quería que el dios llegara, y el olor a carne era su mejor oportunidad para asegurarse de eso.

“Necesito que vigiles la habitación de los azulejos,” le dijo Tristan a Fortuna. “En cuanto se acerque, avísame.”

Necesitaría poder cerrar la puerta en un instante cuando el dios se aproximara, pues dudaba que la ofrenda de una pierna evitara que intentara comérselo.

“No quiero estar solo en una habitación con una pierna muerta,” se quejó Fortuna.

“No estarás,” le aseguró Tristan con una sonrisa convincente. “También habrá un dios antiguo y terrorífico intentando comernos.”

“Ugh,” olfateó la Dama de las Grandes Probabilidades. “Que no manche mi vestido.”

Tristan abrió la boca, a punto de preguntar si su vestido podía ensuciarse o incluso limpiarse, pero entonces notó el brillo en sus ojos y cerró la boca de golpe. Ella solo intentaba provocarlo. Aunque después no dejó de quejarse de todo, desde la iluminación poco favorecedora hasta la pierna que miraba en dirección contraria, al menos vigilaba como le había pedido.

Los minutos pasaron uno tras otro, y sus hombros se tensaron. Si no podía hablar con el dios, si no podía unirse a esa corte de gatos...

Pero tras más de media hora, la pierna hizo lo que debía.

“Hay compañía,” advirtió Fortuna, inclinando luego la cabeza. “Oh, eso se ve terrible.”

Se escondió en la pared en ese momento, mientras la oscuridad se deslizaba silenciosa hacia la habitación.

Tristan empujó la puerta hasta que solo le separaba el grosor de un dedo, sintiendo que era como cerrar la puerta del armario para mantener alejado al monstruo, aunque el monstruo aquí no era de su propia invención: a través de la delgada rendija que dejaba abierta, distinguió el movimiento del dios, con sus escamosas y viscosas manchas negras atravesando un destello de ojos amarillos. Lo que lo hizo estremecerse de repulsión fueron los dientes, aunque seguían siendo sorprendentemente humanos en tamaño, del tamaño de una mano. El dios se devoró la pierna muerta sin hacer un sonido.

“Ha perdido una pierna,” susurró Fortuna en su oído. “Deben ser municiones de sal; no está sanando.”

Aunque su susurro fue sutil, fue escuchado igual.

“Las ratas han aprendido trucos inesperados,” se rió el dios.

Su voz era suave y hermosa, casi como la de una cantante. Levantaba el deseo de inclinarse, de escuchar más de cerca. Tristan apretó los dientes. La Boca Roja no lo había convertido en su comida, y tampoco lo haría esta menor criatura. El ladrón se recompuso, respiró profundo y se enderezó, estabilizando la postura.

“Dios de la tierra,” dijo sonriendo, “te saludo.”

El dios—esa horrenda criatura reptiliana—rió, una carcajada que recordaba a una infanzona que acababa de ver a un pequeño mono hacer una gracia ingeniosa.

“Oh, Tristan,” susurró el dios. “¿Es una prueba la que buscas, como las que los bestiales cautivos allí abajo ofrecen a esas almas perdidas?”

Se acercó, hasta que su aliento húmedo y pestilente llegó como un susurro a través de la grieta.

“Acércate más y te daré un juego, te lo prometo.”

Y la voz, la forma en que hablaba, hacía que sonara tentador aunque fuera una locura segura que acabaría con su muerte.

“No me gusta jugar a los mismos juegos que los demás, debo confesar,” dijo Tristan. “Este es un trato que he venido a buscar.”

Una mueca burlona que apenas vislumbró, filas de dientes blancos sobre labios demasiado rojos.

“Solo necesitas acercarte más,” susurró el dios sedosamente, “y tendrás todo lo que necesitas.”

Fortuna asomó su cabeza por la pared.

“Él está mintiendo,” dijo con utilidad. “Te va a devorar.”

Tristan suspiró.

“Gracias, Fortuna,” respondió.

“Solo quiero cuidarte,” dijo ella con presunción.

Él sospechaba que si tuviera suficiente alcance para darse una palmada en la espalda con ese vestido, lo habría hecho. El dios se había acercado, en esa breve distracción, colocando la punta. Comenzó a cerrar la puerta y se quedó inmóvil. Ah, así que también quería hablar. Al menos mientras tenerlo comido cuando se equivocara siguiera en la mesa.

“No tengo un nombre para llamarte,” dijo Tristan. “¿Te gustaría remediar eso, dios de la tierra?”

“Qué educado,” dijo el dios con tono de burla. “Puedes llamarme Boria.”

Esa palabra, ese nombre, resonó. Se expandió. Y cuando Tristan lo escuchó, lo único que pudo pensar fue que debía salir. El dios le estaba engañando, pero estaba herido. Débil. ¿Y no había superado probabilidades más difíciles? Sería más fácil negociar desde allí, y si le volvía en contra, su ingenio sería suficiente para... Las uñas se clavaron en su palma mientras el ladrón respiraba shallowmente.

¿Bastante? ¿Ha tenido alguna vez en la vida suficiente en sus manos como para que una victoria le saliera barata? Se volvió hacia adentro, se agudizó.

“Eres,” dijo, “un dios de arrogancia.”

Fortuna se abanicó, apoyándose contra la pared a su lado. Parecía despreciable.

“El tipo que te condena,” dijo. “Muy específico.”

“Es divertido, que tú digas eso,” se rió Boria.

La diosa bufó como un gato ofendido.

“No nos perdamos en las hierbas,” dijo Tristan rápidamente antes de que ella pudiera armar un escándalo. “No estoy seguro de que tengas tiempo para eso, Boria. Tienes problemas.”

“Ni siquiera el contacto de la Luz puede detenerme para siempre,” se mofó el dios. “Regresaré con todo mi esplendor y tomaré venganza de quienes se atrevieron a herirme.”

“Ah, pero puede ser que la Vigilancia venga por ti primero,” dijo Tristan. “Han descubierto algunos secretos de este lugar.”

“¿Y qué me importa eso a mí?” desestimó Boria.

El ladrón no respondió de inmediato. Primero, pensó, necesitaría romper la cáscara. Como comer cangrejo.

“Pensaba que tal vez, durante un tiempo, habías considerado al Morso Rojo, ¿verdad?” dijo Tristan. “Por la lengua y esa garganta temible que tienes. Solo estuve seguro de que no era cierto cuando regresé ayer y oí que la Vigilancia te había ahuyentado.”

Nada tan aterrador como la Goria podría haber sido ahuyentada por mis mosquetes, sin importar cuánta sal cargara en su interior. Se comprobó más tarde cuando vio la proyección de la máquina al otro lado del pilar y cuán descomunal se había vuelto esa entidad.

—Sacáis mi paciencia de quicio —advirtió Boria.

—Por eso he llegado a preguntarme —continuó Tristan, impasible— por qué estás aquí en absoluto.

El dios no respondió.

—No estás atado a la luz dorada ni a sus reglas mientras estás en el pilar, eso es cierto —dijo Tristan—. Pero tampoco estás aquí por voluntad propia, ¿verdad? Estás hambriento, Boria. Debo haber sido la primera carne fresca que viste en siglos.

Silencio. El dios lo observaba con paciencia, esperando una apertura. Una forma de devorarlo.

—Los demonios te colocaron aquí —dijo el ladrón—. Después de jugar con las reglas de la máquina dorada, te atraparon dentro del pilar y sellaron las puertas, sabiendo que estarías tan malditamente hambriento de carne fresca que atacaría a cualquiera que entrara como un buen perro guardián.

Todo esta montaña, pensó Tristan, había sido convertida en un foso de arena para la Marea Roja. Los demonios habían creado un sello improvisado apilando dioses sobre la Goria y obligándolos a alimentarse a través de las reglas impuestas por la luz dorada, y cuando la Guardia los expulsó de la isla, sellaron las puertas tras ellos para que los negros no pudieran deshacer accidentalmente el sello manipulando la máquina etérea.

Y entonces, solo para asegurarse de que ninguna voraz criatura se colara hasta el problema, arrojaron un dios hambriento dentro para que devorara lo que entrara.

Tristan permaneció inmóvil mientras la oscuridad se expandía, llenando toda la habitación al otro lado de la puerta hasta que no quedó nada más que tinieblas y un inmenso ojo amarillo, mortalmente brillante. Estaba tan cerca que casi cerró la puerta por miedo. Se controló en el último momento.

—Y me viene a la mente —dijo Tristan— que estos demonios eran meticulosos. Casi paranoicos.

Seguía aquella mirada eldritch que no parpadeaba.

—Quizá habrían puesto un castigo para el guardián en caso de que se robaran los tesoros que protege —propuso.

Una especie de collar para el perro guardián, por así decirlo. El ladrón se obligó a esbozar una sonrisa brillante y grandilocuente.

—Pero no temas, amigo mío —dijo—. He venido en buena fe a negociar, con el corazón abierto, para evitar que su destino sea tan desgarrador.

La oscuridad se disipó.

—¿Y por qué —preguntó Boria— sería eso?

Parecía estar inhalando, como si olfateara el aire.

—La líder de quienes intentan atravesar el pilar es una mujer que quiere matarme —dijo Tristan—. Yo le devolveré el favor.

La oscuridad se extendió aún más, hasta que el ladrón volvió a ver a la terrible criatura frente a él.

—Habla —ordenó el dios.

—

La puerta se cerró, sin ni siquiera una grieta entre él y Boria. Tristan se dejó caer contra la pared, temblando como si estuviera en medio del frío, y cerró los ojos, forzando su respiración a calmarse.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fortuna, con tono curioso.

Respiró pausadamente, hasta que volvió la calma. Pasaron diez respiraciones más antes de que el miedo más intenso desapareciera y sintiera que estaba listo para hablar.

—Ahora volvemos a Wen —contestó—, para colocar la última pieza en su lugar.

--

El secreto para conseguir que alguien te dé algo sin que te lo pida era hacer que todas las demás decisiones fueran peores.

No era un truco infalible, por supuesto, ¿qué lo era? A veces, el objetivo se negaba por orgullo o tomaba una decisión peor por miedo o ira. Las personas no eran autómatas de relato, tomando cada decisión con precisión mecánica y optando por mitigar el daño en lugar de clavar un puñal a su enemigo en el descenso. Tristan, sin embargo, había estado lo suficiente en compañía del Teniente Wen para captar una idea clara del hombre. El hombre corpulento era un alma práctica, más interesada en los resultados que en los medios, y su brújula moral era tan cerrada como la de cualquier miembro de un círculo elitista: primero la Guardia, después todos los demás.

Tristan había cruzado esa línea en la arena, así que se aseguró de mentirle al hombre.

"Debería que te fusilaran," gruñó Wen.

Tener una mentira casi tan ofensiva como la verdad ayudaba, en su experiencia. Cuando le decías a un hombre que habías matado a su esposa, generalmente no pensaba en poner en duda si en realidad habías acabado con sus hijos en su lugar.

"No serviría de nada," encogió de hombros el ladrón. "¿Y no es una oportunidad?, ¿para hacerlo a tu manera?"

El Tianxi con gafas estaba furioso, pero ambos sabían que nada podía hacerse. O más bien, que muchas cosas podían hacerse, pero todas eran inútiles. Y Tristan, aunque perfectamente ejecutable, seguía siendo más útil vivo que muerto. Era suficiente.

"Una oportunidad para limpiar tu desastre," se burló Wen. "Ahora necesito hablar con Mandisa."

"No me hagas esperar," dijo Tristan, distraídamente sacando el reloj de Vanesa.

A las seis y media, lo comprobó al abrirlo. Lo cerró cuidadosamente.

"Si tardas mucho, esta podría ser nuestra última conversación," añadió el ladrón.

El teniente escupió una sonrisa burla.

"¿Me estás dando tus dulces despedidas, rata?" preguntó. "Estoy conmovido."

Tristan asintió, sorprendiendo visiblemente al hombre.

"No puedo decir que conocerte fue un placer," dijo el ladrón, "pero no ha sido una desgracia. Que te vaya bien en los años venideros."

Incluso lo pensaba en serio. El teniente Wen era un bastardo y algo matón, pero su crueldad era superficial en comparación con su sentido del deber. Si Tristan hubiera formado parte de su tribu, de esas vidas que importaban al hombre, quizás incluso habría llegado a apreciarlo. Un sabueso de guardia era amado por la casa, no por la calle.

"Has sido un problema constante," respondió Wen de forma directa. "Las ratas siempre lo son; nos toma años sacarles la mugre de los huesos."

Luego suspiró.

"Sin embargo, te concedo que no estás del todo inepto," dijo el teniente. "Y tu trabajo de hoy forzará un bien, así que estate atento."

Tristan levantó una ceja con curiosidad abierta.

"Cuando encuentres tu camino," continuó Wen, "ten cuidado si emerges en la ladera de la montaña."

"¿Problemas?"

"Los huecos en las islas están divididos en tribus," dijo Wen. "Los que habitan en las montañas son los más peligrosos de los fanáticos del Ojo Rojo: matan sin dudar y han llegado a apoderarse incluso de mosquetes con pólvora al nivel de sus enemigos."

Que deben haber obtenido a la fuerza de la Guardia, ya que no comerciaban armas con los huecos. Wen soltó un silbido bajo.

"Valiente," dijo Tristan.

"No sabes ni la mitad," gruñó el Tianxi. "Saben que pueden volver a ocultarse entre los senderos de la montaña después, así que incluso atacaron la fortaleza que funciona como santuario en el otro lado. Fue invadida hace unos diez años, con todas las manos perdidas. Los superiores ordenaron construir una bóveda debajo para tener a dónde escapar si volvía a suceder."

"Me aseguraré de estar atento, entonces," respondió el ladrón con seriedad. "Gracias por la advertencia."

"No hace falta que agradezcas," dijo el teniente Wen. "Necesito que esa máquina quede destruida. Pónganse a ello, rata."

--

Era sombríamente divertido que los leales del teniente Vasanti—que apenas sumaban once vigilantes—comieran desayuno temprano y tuvieran órdenes de asegurarse de que no se acercara jamás a la caldera común de gachas. El legado de Vanesa, pensó. La teniente de Someshwari debería haber sabido que en su gabinete de venenos casi no quedaba nada, pues ella misma ordenó que lo revisaran, así que, de alguna manera, era halagador que todavía no permitiera que Tristan se acercara a ninguna comida que ella fuera a ingerir.

Qué ingeniosa debía pensar que era, al tener cuidado de que no pudiera fabricar venenos de la nada.

Para cuando la tripulación de Vasanti terminó, la suya ya estaba de pie y lista. Los cuatro reclamaron una mesa al otro lado de la cocina, ocupándose en conversaciones cortas y tazas de té de hierbas hasta que los cuervos negros desaparecieron y finalmente les permitieron llenar sus propios cuencos con la papilla. Tristan se obligó a comer dos, consciente de que necesitaría fuerzas. A pesar de que los cuervos negros serían los que liderarían, no esperaba que la tarea fuera fácil.

Solo cuando dejó la cuchara tras el segundo cuenco, Yong rompió el silencio.

“Muy bien, seré yo quien dé un paso adelante, ya que nadie más se anima,” dijo el Tianxi. “¿Qué diablos ocurrió anoche, Tristan?”

“Vasanti intentó cargarme con la culpa de su error en el pilar,” resumió con tranquilidad. “No logró convencer a los vigilantes de colgarme, así que tuvo que conformarse con una investigación.”

Una investigación sonaba mejor que tortura. Normalmente significaba lo mismo, por su experiencia, pero se escuchaba mejor. Maryam arqueó una ceja.

“¿Y qué salió de eso?”

Tristan aclaró la garganta.

“Remund Cerdan, ese villano, robó la marca y la escondió antes de intentar incriminarme en este horrible crimen,” dijo la rata. “Una vez que se hizo evidente, el teniente Vasanti y yo descubrimos juntos el escondite y esclarecimos mi nombre.”

Francho sonrió sin dientes, sacudiendo la cabeza mientras se echaba a reír.

“Ese muchacho, un villano terrible,” dijo el viejo profesor. “¿Y si este personaje repugnante proclama su inocencia?”

“Eso sería un truco formidable,” afirmó Tristan, “porque la noche pasada vi pasar un pedazo de acero oxidado, de dos pulgadas de ancho, justo por su garganta.”

Era muy improbable que alguien hubiera visto cómo deshacía de la Cerdan, pero no imposible, así que tenía una segunda mentira preparada por si acaso. Remund había sobrevivido a la herida en su camino hacia abajo, pero no pudo caminar, por lo que exigió que Tristan lo llevara. Cuando se negó, el infanzón intentó obligarlo con una pistola: cuando Tristan intentó desarmarlo, se disparó una bala en medio del enfrentamiento, dejando a Remund sin vida.

Remund Cerdan era noble, por lo que no le asombraba tener miedo a las consecuencias, incluso si su muerte fue accidental y defendiendo su vida. Esa fue la única razón por la cual mintió.

Al otro lado de la mesa, los ojos azules de Maryam mostraban una expresión de entendimiento.

“¿Los túneles más allá de la sala de la rueda, cierto?” dijo ella. “Escuché que Tredegar casi terminó cortado también, parecen tan peligrosos como una prueba.”

A la luz del farol, el rostro severo de Maryam y sus largas trenzas parecían haber sido tallados por un hachazo, como para cortar cualquier mano atrevida a golpear esos pómulos. Era agradable a la vista, pensó Tristan, en la forma en que un buen cuchillo lo es: totalmente en sí mismo incluso en reposo, un cuchillo incluso antes de cortar. Había algo reconfortante en eso, en tener esa calma afilada de tu lado.

De su lado.

Era una pequeña cosa, pensó, lo que ella había hecho. Ayudarle a vender una mentira que a los demás apenas les importaría. Pero había sido algo no pedido, sin que se negociara ni ofreciera nada, y ella lo había hecho sin pestañear. Era algo insignificante, pero ella no ganó nada con ello —más bien, en todo caso, la implicaba innecesariamente— y eso significaba que no era una cosa pequeña en absoluto. Tristan apartó la vista, aclarando la garganta.

—Mis diferencias con la buena teniente se han resuelto —dijo—. Además, ella ahora presenta una oportunidad: como Vasanti cree que puede abrir la puerta principal, podemos dar nuestro paso mientras ella sale con su tripulación a través de ella.

—Su expedición podría atraer la atención del dios y abrirnos camino —aprobó Francho.

Eso sería. Tristan había puesto eso en marcha. Le sorprendió un poco que hubiese sido el viejo profesor, y no Yong, quien hablara de distracción. Cuando se volvió, encontró los oscuros ojos del Tianxi entrecerrados, fijos en él.

—Pon tu mano entre tus omóplatos, Tristan —dijo Yong.

La cara del ladrón quedó en blanco. Mentiras brotaron de su boca, abundantes y adornadas, pero ninguna de ellas creíble. Pasaron tres segundos, luego el Tianxi suspiró.

—No puedes, ¿verdad? —dijo.

—Podría —dijo Tristan, lo cual era cierto—. Pero prefiero no hacerlo.

Aún más cierto. La leche de amapola había suavizado la tensión, pero todavía había sido sometido a un duro castigo.

—Ustedes ni siquiera sirven ya para la mitad de lo que valdrían —dijo Yong—. Deberíamos esperar hasta mañana para hacer esto.

Su mandíbula se tensó. Los demás lo notaron. Dios, pero esta maldita fatiga le iba a costar la vida, parecía como si alguien estuviera pintando cada pensamiento en su pecho.

—He hecho arreglos que requieren un tiempo preciso —dijo Tristan—. Me han dado algo para el dolor, Yong, no nos ralentizará.

—Arreglos —repitió secamente el Tianxi.

No puedo decirte —pensó Tristan—. Me traicionarás. Yong ya le había dicho eso mismo cuando había trazado sus propios límites. Otro obstáculo con el que lidiar. Era tentador decir que pronto revelaría la verdad, pero eso era una emoción; incluso eso podría dejar que Yong deduzca que Vasanti está involucrada, que hay algo valioso allí. Y querrás volverte contra mí si descubres qué, como hiciste con los infanzones.

Por eso no dijo nada.

—Arreglos —simplemente afirmó.

El rostro del anciano se contraeró con disgusto, dirigiendo la mirada al resto de la mesa en busca apoyo. El estómago de Tristan se tense, al menos hasta que Maryam negó con la cabeza.

—Estaría más preocupado si él— —interrumpió Francho con un estornudo, tomando aire con esfuerzo antes de continuar—. Si no estuviera tramando algo, Yong.

Los labios del Tianxi se comprimieron con disgusto, pero era el único que quería insistir en ese asunto. Y no tenía la fuerza para forzar su voluntad, especialmente cuando su única opción, si se apartaba, era enfrentarse solo al laberinto. No le agradaba en absoluto ver al anciano darse cuenta de que estaba acorralado y que poco podía hacer al respecto.

—Enviar soldados sin darles las órdenes de marcha seguro que terminará con alguien muerto —gruñó Yong—. Tendrás que aprender esa lección tarde o temprano, Tristan.

Todos intentaban enseñarle lecciones en estos días, pensó el ladrón. Ya empezaba a cansarle.

“No realizaré promesas vacías,” dijo Tristan.

No se dijo mucho más después de eso. Su mente, de todos modos, estaba en otro lugar: ahora solo quedaba esperar a que Vasanti abriera el baile.

--

En diez minutos, después de que los sombreros negros desaparecieran en el pilar, se escuchó un fuerte clic, como si alguien estuviera trabajando en una cerradura gigante.

En la práctica, eso era exactamente lo que estaban haciendo los guardias del teniente Vasanti. La mayor parte de la guarnición que aún permanecía en la Antiguada se congregaba en el patio frente a la puerta de hierro, o en un muro desde donde podían verla, y los cuatro se unieron a la multitud. Las baldosas metálicas en la puerta comenzaron a girar, una tras otra, en secuencia, probablemente sincronizadas con las baldosas que se activaban dentro del pilar, y las máquinas a su alrededor comenzaron a moverse.

Bombeaban, giraban y tictaqueaban, hasta que un zumbido ensordecedor llenó el aire y luces se encendieron en el anillo exterior de la puerta. Pequeños puntos de luz, que empezaron a girar lentamente. Como luciérnagas doradas, flotaban, provocando suspiros impresionados entre los guardias.

Las baldosas empezaron a girar otra vez, pero más lentamente. Como si estuvieran explorando una combinación, en lugar de conocerla de memoria.

“Vanesa, que descansó en paz, estaba convencida de que las baldosas eran una forma de controlar alguna máquina de éter oculta en la puerta,” comentó Francho. “Parece que tenía razón.”

El corazón de Tristan se apretó. Se obligó a asentir.

“Bonitos luces,” encogió los hombros Yong. “¿Para qué sirven?”

En lugar de la rotación lenta y perezosa en sentido horario, los puntos dorados estaban ahora yendo de un lado a otro en ambas direcciones, en estiramientos improvisados.

“Eso no son luces,” dijo en voz baja Maryam. “Son estrellas. Es lo mismo que el patrón que vemos sobre nuestras cabezas.”

El ladrón parpadeó sorprendido. Se había acostumbrado tanto a la luz dorada de la máquina de éter que había sobre él que olvidó qué era realmente esa máquina: un orrery, un mecanismo móvil que representa el movimiento de las estrellas del firmamento. Por eso Vasanti tenía equipo astronómico en su bastión.

“¿Y cómo es que eso abre la cerradura?” preguntó.

“Las estrellas no están en alineación sobre y en la puerta,” explicó Maryam. “Pero mira lo que sucede con las baldosas: Vasanti las está ajustando para acercarlas más.”

De repente, Tristan recordó que Vanesa le había dicho que no podía entender para qué servía la maquinaria en la puerta, porque no era como un reloj, no usaba una unidad de medida fija. Sus dedos buscaron el reloj en su bolsillo, apretando el bronce. Porque el movimiento de las estrellas es más complejo que las agujas de un reloj, pensó. Pero también lo usamos para decir la hora, ¿verdad? Las estrellas marcaron nuestros calendarios en tiempos antiguos.

“Es una cerradura temporal,” susurró Tristan. “Antes de que los demonios la rompieran y la cerraran, seguramente estaba configurada para abrirse en intervalos fijos.”

Maryam tarareó.

“Días del año, medidos por el movimiento de las estrellas,” coincidieron. “Una maravilla grandiosa, hermosa y absurdo en su complejidad.”

“Trabajo antediluviano en una sola frase,” dijo con sequedad Francho, tosiendo disimuladamente en su puño.

Otro medio hora tomó al equipo de la Guardia sincronizar arriba y abajo, pero cuando finalmente lo lograron, las luces parpadearon y todo el patio quedó en silencio, como si cada alma hubiera contenido el aliento de golpe. La maquinaria entre las baldosas y el anillo exterior empezó a moverse de nuevo, aunque los sonidos predominantes eran los pistones que se retraían y las cerraduras que se desabrochaban. Como si un chaleco se estuviera desabotonando, la puerta de hierro se partió en el centro y lentamente comenzó a abrirse.

Solo un aterrador sonido de molienda estalló en el aire.

Algo impidió que las puertas se abrieran más de un pie y medio, bloqueadas por varillas de acero soldadas que lucharon contra la fuerza del mecanismo de apertura, hasta que ruedas y engranajes empezaron a desprenderse y el metal se dobló. Los ruidos eran ensordecedores, y mientras Tristan

se tapaba los oídos, vio cómo las baldosas comenzaban a girar de nuevo. Vasanti intervenía. Las puertas dejaron de abrirse, quedando atoradas con solo un pie de espacio para atravesar.

La cacofonía cesó.

—¿Crees que es obra de demonios? —preguntó Yong en voz baja.

— Parece probable —agregó Francho—. Fueron ellos quienes quisieron sellar este lugar para siempre.

Si era así, entonces su último recurso había fracasado. Aunque ese pequeño espacio impediría que los centinelas introdujeran algo como piezas de artillería, los negros de capa podían pasar sin problema. A menos que esa siempre fuera la intención, reflexionó Tristan. Que solo una fuerza pequeña pudiera ingresar, lo suficientemente diminuta como para que su dios hambriento pudiera devorarlos sin dificultad. Sólo la locura podría surgir de intentar adivinar las intenciones de los demonios, se recordó a sí mismo.

—Pronto será —dijo Tristan—. Debemos sacarlos de vista antes de que ella vuelva.

—

La teniente Vasanti apareció para ostentar su triunfo.

Lo sorprendió. No porque creyera que fuera superior a la anciana, sino porque habría apostado a que le importaba más explorar el interior del pilar como había querido hacer durante años, en lugar de intimidar a una rata. No había estado equivocado, solo ligeramente desfasado: parecía que Vasanti tenía algo de tiempo antes de que sus vigilantes estuvieran listos para la excavación, así que decidió dedicar ese tiempo a mirarlo desde arriba.

—No hay señal del dios que herimos —dijo ella—. Todavía debe lamerse la herida.

Una sonrisa superficial de la weathereda Someshwari.

—A veces solo basta una lección dura para que aprendan su lugar, ¿no crees?

El ladrón de ojos grises no sonrió de modo insolente ni respondió con una réplica, ni le recordó que la única razón por la que ella podía avanzar era porque él le había entregado la marca. Incluso de niño habría sabido mejor. En cambio, extendió discretamente el brazo para no aparentar la mueca de dolor en su rostro y miró hacia otro lado, como si hubiera sido él quien había sido golpeado. No contestó.

—¿Nada que decir? —presionó Vasanti—. ¿Debería ir a consultar con tus pequeños amigos?

Eso no podía permitírselo. Les había pedido que se escondieran para que Vasanti y sus seguidores no pudieran ver que su grupo se preparaba para atacar el pilar. En ese instante, ella supondría que él planeaba seguir el rastro de su propia expedición, sin saber que aún tenía una llave para la otra entrada. Pero si ella lo descubría... era mejor dejarle algo de qué aferrarse. La soberbia era la

ofrenda más accesible.

—Me sorprende que puedas dedicarme tiempo —dijo Tristan, fingiendo resentimiento—. ¿No vas a liderar a tu grupo hacia lo desconocido?

—Así es —sonrió la teniente Vasanti—. Y será la expedición del siglo: ¿una máquina de éter de ese calibre, sin haber sido tocada en siglos, aún funcional? Hay naciones dispuestas a hacer la guerra por poseer algo así.

Se obligó a hacer una mueca de dolor, como si su victoria le produjera un dolor profundo, más que simple dolor físico.

—Pero tienes razón —dijo Vasanti—. No tengo más tiempo que perder con alguien como tú.

Hizo una pausa.

—Quizás para advertirte—, dijo el teniente—. Ten cuidado al seguirnos, Tristan. Los accidentes ocurren con demasiada facilidad cuando exploramos lugares peligrosos.

Con una última sonrisa complacida, se alejó, dejándolo contemplar su espalda con una mirada fría. Si hubiera intentado seguirla, eso habría preocupado lo suficiente para que sus cálculos sobre ciertos riesgos se desviarán de otra manera. Vasanti no era la clase de mujer que mostrara misericordia en la victoria, pensó. No había sido un error considerarla enemiga. Lo que más le intrigaba era que ella pensaba dirigirse hacia abajo.

La rápida mirada que le había lanzado más allá de las puertas de hierro reveló dos escaleras, una que se arrojaba hacia arriba y otra que descendía, y él presumió que ella apuntaba a subir. No era asunto suyo, decidió.

Esperó allí hasta que Vasanti llevó a sus once leales más allá de la puerta, desapareciendo debajo, y finalmente se unió a los demás junto al arsenal. Todos estaban armados hasta los dientes, incluso Francho, que ahora portaba una pistola—que apenas sabía usar, pero al menos podía disparar en la dirección correcta si llegaba el momento. Yong y Maryam llevaban tiras de banda provistas a su orden por Wen, como se había acordado: cartuchos de papel con pólvora y municiones de sal, balas de arcabuz llenas de sal infundada con destello. La ruina de los dioses.

Tres pares de ojos se posaron en él.

—Espero que no esperes un discurso—, dijo Tristan. —Yong es el único oficial aquí.

—Yo di algunos de los discursos anuales en Reve—, intervino Francho, clearing his throat—. ¿Debería intentarlo?

El ladrón hizo una pausa, consciente de que era una pérdida de tiempo pero demasiado curioso para negarse.

—Por supuesto—, dijo Maryam, permitiéndole resolver el asunto.

Yong rodó los ojos hacia ellos. Francho aclaró su garganta.

—Mis ansiosos jóvenes estudiantes, hoy comparto con vosotros la lección más importante de toda mi larga carrera—, dijo.

Se enderezó, con los ojos arrugados y llenos de sabiduría que brillaban con conocimiento.

—La titularidad es lo único que importa—, les explicó Francho—. Una vez que la tienes, puedes hacer lo que desees: no pueden despedirte sin una mayoría de dos tercios de los Maestros, y eso es como tratar de juntar gatos, si los gatos pudieran pelear durante veinte años por las declinaciones irregulares de los verbos en Cantar.

Maryam levantó una mano justo cuando él empezaba a toser.

—Sí—, permitió Francho tras que pasó el episodio—.

—¿Tienes alguna lección que pueda aplicarse a nuestra futura aventura de alguna manera?—, preguntó cortésmente.

Tristan mordió el interior de su mejilla para no reír, Yong parecía visiblemente avergonzado de haber llegado a conocerles, y Francho consideró la pregunta con atención.

—Que no te coman los monstruos—, finalmente respondió el viejo profesor.

—Un ideal al que todos aspiramos—, respondió Tristan con gravedad, con los labios temblando sin poder controlarse.

Yong se alejó murmurando algo sobre 'agua de canal' y 'fiebre cerebral'. Tuvieron que apurarse y alcanzarlos cuando quedó claro que la Tianxi no reduciría su marcha.

Así comenzó su intrépido viaje hacia lo desconocido.

—

No necesitaban vigilar a los engalanados con capas negras, pues no había ninguno: en cuestión de minutos, Wen había convocado a toda la guarnición, tal como Tristan había fantaseado. La vía estaba despejada para la cuerda de escalar, y luego atravesar la habitación donde la escalera metálica plegable, que nadie había logrado hacer funcionar, permanecía inerte. Tristan tomó la delantera junto a la puerta cerrada que daba a la habitación de los azulejos, señalando en silencio a Fortuna para que echara un vistazo adelante. La diosa de ojos dorados bufó, aunque su mirada estaba en el otro lado.

Ella asomó solo la cabeza — únicamente la cabeza — por la puerta para indicar que no había señal de Boria. Como si éste hubiera necesitado un dolor de cabeza adicional en medio de todo lo demás.

El ladrón hizo una seña modesta al abrir apenas un poco la puerta después de desbloquearla con el botón de piedra, "arriesgándose" a echar un vistazo y luego entrando en la habitación. Luego anunció que estaba despejada, mientras los otros tres seguían con sus armas en mano. Ninguno de ellos había estado allí antes, por lo que sus ojos vagaban — mayormente hacia la pared llena de los azulejos inscritos con glifos que probablemente había utilizado primero el equipo de Vasanti.

Tristán en realidad le prestaba poca atención, y en cambio se dirigió hacia la puerta con la cerradura rota que casi le había costado la vida. Yong siguió muy de cerca, ya con el mosquete preparado y cargado con municiones de sal.

— "La grúa está por allá," — dijo Tristán —. — "Ahora con silencio, el pasillo es donde me encontré con el dios por primera vez."

Avanzaron paso a paso por el pasillo hasta que encontraron la puerta de cristal verde transparente que buscaban.

— "Mierda," — susurró Yong con respeto. — "De verdad es una grúa."

A través del cristal, pudieron ver las cuerdas y poleas — todo de metal, opaco y pálido — que elevarían la pequeña plataforma de acero inoxidable al otro lado de la puerta. No había controles evidentes visibles, pero probablemente estaban ocultos desde este lado de la puerta. La agarradera era fácil de distinguir: un simple agarre tallado en el cristal, que permitía al ladrón deslizar la puerta hacia la pared. Tristan probó la plataforma con el pie y comprobó que era sólida, luego se subió a ella. Una rápida inspección encontró lo que buscaba.

— "Aquí está," — dijo.

Una franja vertical de criptoglifos tallada en la pared, junto a la cual tres símbolos circulares de oro estaban incrustados en la piedra. Yong, que se había acercado, asintió y se retiró.

— "Francho," — dijo, haciendo un gesto para que el profesor se acercara.

Ambos se alejaron para dar tiempo y privacidad al anciano, quien usaría su contrato para aprender cómo manejar la grúa. Caminaron un poco más por el pasillo, manteniéndose cerca de las paredes y vigilando ambos lados. Maryam se quedó en guardia junto a la puerta con la cerradura rota, por si alguien del Fuerte Viejo pretendía seguirlos.

— "Pensé que el dios estaría esperando en emboscada con seguridad," — admitió Yong. — "Somos el blanco más fácil."

Era momento de contarle, siguiendo el plan, pero el ladrón aún dudaba. Eso no pasó desapercibido.

— "Tristán," — dijo Yong lentamente —, — "¿Qué hiciste?"

Sabía que tenía que decirle ahora a Yong. Tendría que pedirle al equipo que esperara allí, y no aceptarían eso a menos que tuviera una buena razón. De todos modos, ya es demasiado tarde para traicionarme, pensó el ladrón. No te será de utilidad. Vasanti está demasiado lejos y el final de

esta prueba está muy cerca. Debería inclinar la balanza a tu favor.

— “No está aquí,” — dijo Tristan —, — “porque le comenté al dios cuándo Vasanti pasaría por la puerta principal.”

El Tianxi quedó inmóvil, como si le hubieran dado una bofetada, pero Tristan no tenía remordimientos. Incluso con Yong presente, era casi seguro que morirían si enfrentaban al dios. Tristan, por tanto, se aseguró de que Boria estuviera en otro lugar.

— “Wen te matará,” — susurró Yong —, — “lentamente. Te perseguirá hasta los confines de esta isla si es necesario.”

Las palabras parecían una reflexión tardía en comparación con la expresión de decepción en los ojos del hombre. Como si hubiera juzgado mal a Tristan. El ladrón había previsto esto: Yong había abandonado a los infanzones cuando creyó que estaban usando las sobras como cebo, durante la Prueba de las Líneas. Ahora Tristan había hecho aún peor, ni siquiera dejando al azar la cuestión.

“Wen habría sido un problema,” coincidió Tristan. “Así que le mentí, le dije que el dios me acorraló y que tuve que negociar esa información para poder partir. Él está preparando una emboscada para el que embosca en este momento.”

Wen se había enfadado, claro, por poner en riesgo las vidas de los Vigilantes, pero reconoció que Vasanti y sus hombres probablemente habrían sido atacados igual. Todo lo que Tristan había hecho fue advertir previamente al dios, y en compensación le había dado a Wen algo que el hombre quería: una razón para destituir a la teniente Vasanti del mando. Después de que el gordo teniente ahuyentara al dios con una contraemboscada, podría llamar irresponsable a Vasanti y argumentar que se había salido de control. Arriesgando vidas en la Guardia por su orgullo.

Entonces podría retirar toda la guarnición del Viejo Fuerte, sacándolos del alcance del fuego antes de que Tristan destruya la máquina de éter dorado y los dioses del laberinto queden libres de las reglas que los mantienen atados a sus santuarios, sin poder lastimar a los mortales fuera de las pruebas. Pero el momento para todo eso sería delicado, por eso le estaba contando esto a Yong en primer lugar y pronto se lo diría a los demás.

“Has hecho un trato con Wen,” dijo el veterano.

“Así es,” respondió Tristan. “Y implica esperar a subir en el elevador hasta que—”

Maryam se acercó a través de la puerta.

—“Disparos,” llamó. “Los escucho rebotar desde más abajo, por la sala del engranaje donde Tristan casi muere. Creo que la Guardia se topó con el dios.”

“Eso,” terminó Tristan. “Esperar a eso.”

En cuestión de momentos, pensó, el teniente Wen rescataría a los demás vigilantes y ahuyentaría a Boria.

“Francho,” llamó. “¿Cómo vamos?”

Una larga serie de estornudos fue su primera respuesta. La segunda, fue más prometedora.

“Necesito que Sarai haga un Sello,” afirmó el anciano, “pero creo que he encontrado nuestra respuesta.”

Ni siquiera necesitó gesticular para que Maryam corriera hacia él; ella había estado escuchando. Todos se acercaron a la plataforma de acero inoxidable, mientras Francho murmuraba sus instrucciones a la pálida mujer que fruncía el ceño frente a las inscripciones doradas.

“Hay más disparos sonando en la parte inferior de lo que deberían, considerando cuántas personas ha derribado Vasanti,” dijo Maryam con indiferencia.

“Una pregunta que responderé en cuanto pongas en marcha el elevador,” replicó Tristan.

“Pues bien,” dijo ella, “si insistes.”

Deslizó su dedo sobre el símbolo en la cima, apretando los dientes mientras lo hacía, y una tenue franja de oscuridad brilló dondequiera que la piel tocaba el oro. Ella retiró la mano al instante, como si hubiera sido quemada, y un humo negro se elevó del oro.

Desde la punta de su dedo también, hasta que se limpió en su túnica.

“¿Lo hizo—” comenzó Yong, cerrando la boca cuando la plataforma empezó a estremecerse bajo sus pies.

Luego empezó a subir, en silencio absoluto, a un ritmo que parecía un trote rápido. La piedra que los rodeaba era lisa e idéntica, por lo que no podían saber a qué velocidad se movían en realidad.

“Respuestas,” indicó Maryam.

Tristán les entregó las mismas que había dado a Yong. Lo que le había contado al dios, lo que le había dicho a Wen. Ninguno parecía molesto por sus tácticas; Francho, si acaso, parecía complacido. Después de eso, al menos, divulgó a la tripulación lo que Wen había solicitado a cambio de las municiones salinas.

“Quiere que destruamos la máquina de éter,” dijo Tristán. “De esa forma, la Guardia se verá obligada a intentar acabar con la Fauza Roja en lugar de continuar con las pruebas.”

Desde el rincón de su visión, percibió la primera abertura en las paredes de piedra. Una puerta de cristal verde que conducía a una habitación bien iluminada; la vista duró apenas un segundo.

“Eso es una locura,” gruñó Yong. “El laberinto podría estar fallando, pero sigue siendo la única barrera que mantiene a raya a la Fauza. ¿Y si se extiende sin control?”

“Ha pasado siglos y no ha avanzado más de una o dos millas en el lecho marino,” explicó Francho. “Incluso si devora toda la vida en el Dominio, ¿qué tan lejos puede llegar en realidad? Simplemente será una de las muchas islas bloqueadas en el Mar de Trebia.”

Otra abertura, esta vez en otra esquina, y Yong también la vio. Compartieron una mirada, ambos preguntándose si eso indicaba que estaban cerca de la cima.

“¿Crees que la Guardia podrá ahogarla con hambre?” preguntó Maryam, sorprendida.

“No sería la primera vez que se ven obligados a enfrentarse a un dios de esta manera,” encogió hombros Francho. “Mi temor es que si actuamos demasiado pronto, los dioses del laberinto puedan atacar la vieja fortaleza mientras los vigías aún están en ella. Eso nos costaría una tumba sin nombre.”

“Wen debe liderarlos hacia afuera,” le recordó Tristán.

“Si logra convencer a los demás para que se unan en su causa contra Vasanti,” observó Yong, “tiene razón, eso no es algo seguro.”

“Esperar demasiado sería peligroso,” dijo el ladrón. “Cualquier cosa que haya llevado al dios a atacar a los intrusos, ahora se volverá en nuestra contra cuando note que nos dirigimos a la cumbre. Tenemos algo de tiempo, pero no podemos permitirnos-”

Un vidrio verde explotó tras su espalda, dispersándose contra su abrigo, y todo lo que Tristán alcanzó a ver al girarse fue un destello de rojo. Su columna vertebral, iba a alcanzarlo—el ladrón cayó al suelo, con sangre caliente rociándole la cara, y un grito resonó. Un grito de mujer. Maryam lo había empujado hacia abajo, y la mano que lo había hecho todavía estaba en su cadera.

Le faltaban dos dedos.

La lengua de Boria se retiró con un bruspo húmedo antes de que el ascenso del ascensor pudiera cortarla.

“Mierda,” dijo Tristán, “Maryam, necesito-”

“¡Muévete!” gritó Yong, disparando su mosquete más allá de ellos.

Tristán se arrojó al suelo justo cuando otra explosión de vidrio verde cubrió el aire, el dios lanzando un grito de odio mientras la sal de Yong le atravesaba la carne. Se desplazó arrastrándose por el suelo entre fragmentos de vidrio hasta conseguir su bolsa, arrancando vendajes.

“Recargando,” dijo tranquilamente Tianxi. “Cúbranme en la muralla.”

“Maryam, dame tu mano,” susurró Tristán. “Vas a sangrar mucho.”

“¡Mierda,” maldijo ella, y clavó la extremidad mutilada en su regazo mientras luchaba por manejar su pistola.

Disparó hacia el cristal justo antes de que explotara, una mano enorme arañando la superficie de acero inoxidable y tratando de arrancar a Francho—quien se lanzó hacia un lado, gritando mientras los fragmentos le cortaban la piel. Tristán forzó la mano de Maryam hacia arriba y le amarró un torniquete en los dedos. Ella había perdido el dedo meñique y el anular hasta la falange distal. Para salvar su vida.

¿Cómo pudo alguien equilibrar una deuda así?

—Francho, apunta con esa maldita pistola — gruñó Yong —. No es momento de derrumbarse ahora.

El anciano temblaba tan intensamente que no podía sostener el arma, lo vio Tristan al levantarse. Él agarró la suya propia, ayudando a ponerse de pie a Maryam, apretó los dientes. Las mismas paredes de piedra que parecían un refugio ahora se le antojaban siniestras, como la boca de una pistola. No se podía prever cuándo atacaría Boria, ni desde dónde. ¿Cómo es que aún podemos seguirle el ritmo?

Un cristal estalló detrás de ellos.

—ERNSTREFAL - gruñó la deidad.

Tristan disparó, pero fue por fuera del objetivo y Francho resbaló en los vidrios al intentar huir de las manos buscadoras de Boria. Los pies del anciano quedaron atrapados y Tristan maldijo mientras lanzaba su pistola inútil contra la criatura, para su sorprendente suerte, acertó justo en el ojo — el monstruo aulló, soltando a Francho, y en ese momento Yong le acertó un disparo para ahuyentarlo. Tristan jaló al anciano hacia atrás.

—Mi pistola — jadeó el viejo profesor —. Toma mi pistola, no puedo—

El ladrón la tomó sin tener el valor de admitir que podría ser peor tirador que el anciano. Al menos, podía sostenerla bien. Los cuatro se mantenían agrupados, temblorosos, mientras el elevador seguía subiendo. Pasaron cinco respiraciones, luego diez, después veinte.

Cuando las treinta pasaron, uno de ellos rompió el silencio.

—Tristan — dijo Yong —. ¿Estoy loco o te vi lanzar la pistola hacia ella?

—Solo improvisaba — respondió con tono defensivo.

La frente de Maryam se apretó contra su espalda, su amiga riendo con convulsiones.

—¿Cómo te sientes? — preguntó Tristan.

Ella resopló, con la voz aún llena de risa contenida.

—Como si un dios me hubiera comido dos dedos — le informó.

—Viendo cómo desobedecí el único consejo que te di — anotó Francho.

Un latido de corazón, y todos comenzaron a reírse a carcajadas. Ni siquiera era tan gracioso. Solo era una liberación de tensión, aunque ninguno se atrevía a quitarle la vista al muro. Cuando los últimos suspiros de risa comenzaron a desvanecerse, la plataforma entre ellos volvió a estremecerse.

—Se está desacelerando — dijo Tristan, casi sin creerlo —. ¿Estamos...?

—Debemos — afirmó Yong.

El hombre mayor ni intentó ocultar su alivio.

—Tristan.

Su mirada recorrió el espacio y encontró la fuente del susurro: Fortuna, de pie en una esquina, haciendo un gesto discreto. Él levantó una ceja.

—¿Tristan? — preguntó Francho.

—No ahora — respondió con voz baja —. ¿Qué estás señalando?

Fortuna, otra vez, movió su barbilla de modo extraño. Hacia arriba, advirtió Tristan. Ella estaba señalando hacia arriba con tanta discreción como podía. Ignorando la mirada inquieta de Francho, él lanzó una mirada tan tactful como pudo hacia arriba. Desde su posición, podía ver la parte superior del elevador, la zona donde terminaría su ascenso. Incluso había una puerta de cristal, pero ¿por qué Fortuna — una segunda puerta, esta abierta, conduciendo a una habitación sin luz? Al principio pensó que formaba parte de la pared de piedra.

Levantó la vista hacia los ojos dorados de Fortuna, arqueando una ceja. Ella asintió en silencio.

Tragó una maldición, sabiendo que si decía algo, Boria lo escucharía. Su oído era agudo. Yong lo miraba como si estuviera loco, pero los demás ya habían sido informados — o deducido — de que él hablaba con su dios. Tristan se llevó un dedo a los labios, y luego hizo un gesto hacia la oscura apertura. Tardó tres latidos en hacerse entender con un juego de mímicas que no se podía ver claramente desde arriba, y estaban a punto de terminar su viaje cuando el ladrón apretó los dientes y disparó hacia la oscuridad.

Un resplandor de luz reveló unos ojos amarillos y venenosos, preparados para ellos, y la deidad saltó hacia abajo antes de que la ascensor pudiera encajarse en su lugar.

Escuchó a alguien gritar – ¿Yong? – y hubo otro disparo, pero el Boria era demasiado grande y pesado. Cayó entre ellos, Tristan fue empujado contra la pared y golpeó su cabeza contra la piedra. Aturdido, parpadeó mientras escuchaba los gritos y Yong desenvainaba su espada. Francho gritó, ahogando su tos, y Maryam fue lanzada a través de la puerta de cristal con un movimiento de la cola de la diosa. Su vista titilaba, los ojos le lloraban mientras todo en lo que podía concentrarse eran los ojos dorados. Fortuna, aún de frente a él.

Sostenía una sola moneda de oro en su mano.

— Todo o nada — farfulló, y su risa fue lo más hermoso que había escuchado en su vida.

Vio cómo la chispa dorada se elevaba, girando, y la cuerda en la parte trasera de su mente tiró más lejos de lo que nunca había llegado. Esta vez, el reloj no hacía tictac. No, la deuda era demasiado grande para eso. Sentía como si el latido de un titán ancestral vibrara junto a su oído. Como un trueno retumbando, y la cuerda retrocedía hasta casi envolverlo por completo.

Fortuna y desventura en un solo golpe: bajo sus pies, la plataforma se quebró.

— ¡No! — gritó Boria.

La diosa se aferró a la pared, Tristan cayendo sobre su lomo. Se aferró a sus escamosas y viscosas escamas mientras ella intentaba arrastrarse por la puerta, pero Yong había atravesado la puerta de cristal roto y Maryam estaba con él, arrastrando a Francho. El Tianxi apuntó su mosquete hacia la diosa, dudando momentáneamente al enfocar su mirada en Tristan.

— ¡Hazlo! — gritó.

Sus manos ya resbalaban por sus escamas. Yong apretó los dientes y disparó directo a la mano de la diosa, rompiendo su agarre. Ella soltó.

Y Tristan también, hasta que su espalda chocó contra una bola de Gloam sólido.

Desesperadamente arañando para no caer, el ladrón abrazó las curvas mientras la diosa se desplazaba más allá de él, rugiendo como una bestia enfurecida.

— ¡Date prisa! — gruñó Maryam. — Una cuerda, no puedo—

Pero no tenían cuerda. En cambio, Francho se inclinó sobre el borde, con las piernas sujetas por Yong, y mientras el anciano temblaba, Tristan saltó al vacío atravesando la brecha — sus dedos se hundieron en la ropa del profesor, rasgando la tela, y gritó de miedo, pero el collar se quedó atascado, y entonces tanto Yong como Maryam lograron halarlos hacia arriba. Arriba, arriba, mientras la ropa de Francho seguía rasgándose alrededor del collar, y justo antes de que se soltase, Yong lo tomó por su ropa y lo arrastró más allá del borde.

Cayeron en un montón, sangrando, golpeados y jadeando tan fuerte que casi no lograban escuchar los aullidos de la diosa, hasta que finalmente quedó en silencio.

—

La cima de la columna era como una sala cavernosa única.

Avanzaron tambaleándose, llenos de asombro por su tamaño y con la inquietud de lo completamente vacío que estaba. No había nada en su interior salvo un amplio anillo de asientos de piedra, todos mirando hacia el centro de la sala, y una zanja en medio que no podía tener más

de cinco pies de ancho y varios de profundidad.

— ¿Es el lugar equivocado? — preguntó Yong, con el agotamiento reflejado en su voz hasta lo más profundo.

— No — dijo Maryam —. Hay... algo aquí. El éter es demasiado denso.

Fue Francho quien encontró la respuesta al ser el primero en tocar uno de los asientos de piedra. Se encendieron luces, que fluyeron desde la zanja como un río en reversa y se expandieron en una explosión de colores y formas. Tristan tragó saliva, parpadeando para deshacerse del dolor de cabeza que empezaba a surgir solo con mirarlo.

"Dejaré eso en tus manos", le dijo al anciano. "Buscaré una salida para nosotros."

No era tan difícil lograrlo ahora que las luces intensas ahuyentaban las sombras de la habitación. Había dos aberturas lisas en la piedra. Tristan intercambió una mirada con Yong mientras Maryam se unía a Francho junto a las luces, repartiendo la tarea. La del ladrón terminó en un callejón sin salida: descubrió, para su leve diversión, que era una letrina. Una letrina absurdamente espaciosa, con lavabos para lavarse las manos, aunque letrina al fin y al cabo. Aparentemente, incluso los Antediluvianos habían tenido necesidades básicas. Resultado: Yong parecía ser el afortunado.

"Creo que esto lleva hacia afuera", llamó el Tianxi, habiendo llegado de nuevo a la retaguardia.

Tristan cruzó la sala para unirse a él, ignorando las luces moviéndose y las conversaciones entusiastas de los otros dos. Francho, notó, se movía cerca de uno de los bancos de piedra. Solo podía aprobar el uso del contrato del anciano como atajo. Encontró un pasillo largo, débilmente iluminado, que parecía prolongarse lo suficiente como para que la única opción fuera la montaña misma.

"Es nuestro mejor intento", estuvo de acuerdo Tristan.

"Y eso también", añadió Yong, señalando hacia un lado.

El ladrón entrecerró los ojos y pudo distinguir lo que el hombre señalaba después de un momento. Otra puerta de cristal verde.

"¿Otra especie de ascensor?", preguntó.

"Solo hemos visto el cristal verde en esas", se encogió de hombros el Tianxi.

El veterano se recargó contra la pared, alcanzando su bolsa y sacando un pequeño frasco de hojalata.

"Yong", reprochó Tristan. "¿De verdad?"

"Enviaste a hombres y mujeres jurados a protegernos directos a la boca de un dios por un plan que ni siquiera funcionó", respondió Yong con tono suave. "Cierra esa puta boca, Tristan. Beberé si me

da la gana."

El ladrón se balanceó hacia atrás, dolido pero sin mostrarlo. Sabía que no había sido sin mérito; él había sido quien primero había roto la confianza. Así que, en lugar de soltar la respuesta punzante que le bullía en la cabeza, se alejó. Tendría tiempo para reparar ese puente más adelante, si ambos lograban sobrevivir a la noche. Eso esperaba.

Al volver al gran salón, se detuvo con pura sorpresa ante lo que ahora tenía ante él.

Lo que había sido una sala en gran parte vacía ahora estaba repleta de imponentes estelas surgidas del suelo, algunas emergiendo o desplazándose a los lados mientras Maryam jalaba cuerdas de luz plateada que entraban en el enredo de luces en el centro de la habitación. Que ya no estaban tan desordenadas. Las formas habían tomado definición, delineando la isla, separada en zonas de diferentes colores conectadas por surcos rojos.

"Tristan", llamó Francho, luego tosió. "Lo descubrimos".

"¿Qué descubrieron?", preguntó con cautela.

"Qué estaban haciendo los Antediluvianos aquí", dijo Maryam. "O algo muy parecido".

Francho sonrió con orgullo, sus ojos toscos brillando.

"El Boca Roja transportaba éter en bruto", dijo el viejo profesor. "Hace siglos, la isla se dividió en áreas donde se cultivaban ciertas plantas y se alojaban animales específicos—"

"Por eso hay tantas lemures de diferentes partes del mundo aquí", interrumpió Maryam. "Recopilaron fauna y flora de todos lados—"

"Y luego, la entidad que se convirtió en el Boca Roja fue la encargada de liberar el éter en esas áreas específicas, probablemente para que los Antediluvianos analizaran sus efectos", replicó Francho de inmediato. "Supongo que había otra instalación dedicada al estudio, pero creo que esta estaba diseñada para controlar el Boca Roja mismo. Maryam, ¿puedes explicar?"

Ella tiró suavemente de las cuerdas plateadas, mientras estelas surgían y se apagaban, y el suelo se abría como agua, cambiando la iluminación. Una nueva imagen empezó a clarificarse. Era, pensó Tristan, una versión mucho más refinada de lo que mostraba la pequeña máquina que habían puesto en funcionamiento debajo. Una vista transparente de la isla desde un costado, solo que esta también delineaba la columna en la que estaban: era una lanza imponente apuntando hacia abajo, con finos filamentos que se extendían cerca de la cima del mástil, repartidos por toda la cima de la montaña. Uno de ellos, observó Tristan, parecía ser el pasillo que Yong había encontrado.

¡Conventía afuera, se dio cuenta con entusiasmo!

Luego su mirada se dirigió hacia la Boca Roja y el entusiasmo se disipó. La punta de la lanza estaba justo encima de un enorme nido de líneas rojas y un grueso nudo en el corazón, que debía

ser el corazón del dios.

—¿Ves? —dijo Francho—. No puede ser casualidad que la estructura llegue exactamente allí. Espero que exista una manera de forzar a la Boca Roja a volver a alimentar el éter de las áreas en lugar de acumularlo, quizás usando el mismo fenómeno que impuso reglas en el laberinto. Si tan solo pudiéramos—

El disparo lo tomó por completo y totalmente desprevenido.

Se desplomó en el suelo, y los otros dos se dispersaron para buscar protección tras las estelas, pero no fueron ellos quienes fueron alcanzados. En su lugar, Tristan se volvió para descubrir que Yong había caído al suelo, y que una silueta ensangrentada avanzaba justo frente a él. Con un tocado negro desgarrado en tiras y el rostro lleno de sangre, la teniente Vasanti levantó una segunda pistola.

—No te muevas, pequeña rata —gruñó—. Tú, con las señales, aléjate de las luces o el chico recibirá un nuevo agujero en la cabeza.

Tristan tragó saliva, alcanzando la suerte, pero sus dedos no cerraron nada. Podía sentir nada, pedir prestado cualquier cosa. Manes, ¿había visto Fortuna desde que hizo que cayera el ascensor? No podía recordarlo. ¿Acabé con mi suerte? Levantó las manos, sin atreverse a mover un centímetro bajo la mirada fija de Vasanti.

—Teniente —dijo Maryam—. No sé qué te enfureció tanto, pero no hay—

—Cállate, niña —interrumpió Vasanti—. ¿Crees que no lo veo? Wen vino justo cuando él lo hizo, como si hubiera sido avisado. Lo planearon juntos, y no permitiré que ese idiota en Tres Pinos me dispare mientras el arrogante engreído se come un maldito pastel.

Los ojos de Tristan se desviaron más allá del negro manto, buscando a Yong. ¿Estaba vivo? Desde aquí no podía decirlo, pero la Tianxi no se movía. ¿Cómo había llegado a eso, siquiera?

—Subiste en un ascensor —suspiro el ladrón—. El otro.

—Tenía razón, como siempre —rió Vasanti—. El camino más cercano para subir estaba abajo, en una sala de mantenimiento. Seguí adelante después de que los cobardes huyeron, y demostré mi punto. Gran trabajo ese ascensor, no hizo ni un sonido — y el borracho estaba demasiado ocupado bebiendo para oírme llegar, de todos modos.

La alegría desapareció.

—Y te dije que jodidamente te alejaras de las luces, niña —dijo la teniente—. No sabes con qué estás jugando. ¿Crees que los diablos dejaron todo en manos de un solo dios? Siempre hay otro ángulo con la progenie de Lucifer.

Desde el rincón de su ojo, Tristan vio a Francho escondido tras una estela, haciendo malabares con un cuchillo. Discretamente intentó sacudir la cabeza, pero el viejo ignoró su gesto. Tristan buscó

urgentemente los ojos de Maryam y, tras un latido, logró encontrarlos.

Entonces, el caos estalló.

Francho surgió de detrás de la estela, lanzándole su cuchillo a Vasanti, quien se dobló para esquivarlo y apuntó directamente a Tristan. Él se desplazó a un lado, maldiciendo al ver, a medio camino, que había reaccionado demasiado pronto —su pistola lo seguía. Entonces, Maryam retiró sus manos de las luces con un gesto cortante.

Las luces se apagaron cuando Vasanti disparó, un destello iluminando el ambiente y la bala pasando silbando junto a él.

—Oh, idiota de chica —suspiró el viejo Someshwari—. Apagaste todo, vas a activar—

Aunque estaba en la oscuridad, Tristan pudo discernir con precisión qué sucedía: cada estela explotó en un parpadeo siguiente. El grito de Francho fue silenciado y el ladrón cayó de nuevo al suelo. El suelo tembló, llenándose de ríos invisibles de éter, y un segundo después las luces tenues volvieron a iluminar la sala, tan difusas que apenas lograba distinguir siluetas. Maryam yacía inmóvil en el suelo. Buscó a Francho y no lo encontró hasta que comprendió que...

Los restos ensangrentados y carbonizados de carne en el suelo eran todo lo que quedaba del hombre.

Al tragar con dificultad, Tristan alcanzó su cuchillo mientras sus ojos buscaban a Vasanti —pero no encontró ni la daga ni el manto negro. Sin embargo, su arma de mano permanecía junto a su costado. La tomó en la mano. ¿Estaba la teniente muerta también? ¿O ella—? Su visión se nubló al recibir el golpe en la parte posterior de la cabeza, que lo impulsó hacia adelante. Se giró, golpeando a ciegas hacia atrás, pero Vasanti se apartó con soltura y le propinó un nuevo disparo con su pistola.

Retrocedió tambaleándose, con los dientes castañeando.

—Malditos niños —gruñó la teniente—. Le advertí que los diablos tendrían atrapada esa cosa por si alguien atrevía a entrometerse en su trabajo. Quizá toda la máquina esté destruida ahora.

Tristan se levantó, sintiéndose débil, y levantó su blackjack. Vasanti resopló con desdén.

—Yo mataba hombres cuando tú aún no salías del pañal, muchacho —dijo la anciana—. Te hubiera dejado caer en tu mejor momento, y ahora haré que sea lentamente.

De pronto, una chispa de luz emergió del pozo tras ellos, y en ese parpadeo Tristan se movió. Ella se sorprendió: cayó en la treta, protegiéndose la cara mientras él le daba un golpe en la muñeca y lograba que soltara su pistola. Ella lanzó un golpe al frente y él retrocedió, pero luego ella hizo algo extraño con su postura —balanceándose hacia adelante y hacia atrás, casi oscilando— y cuando él pretendió dar un falso golpe, ella le golpeó en la mandíbula.

Escupió sangre, intentando golpearle en la sien, pero ella le atrapó la muñeca y lo volteó. Su espalda golpeó el suelo y ella le propinó un golpe en el estómago, sentada sobre su abdomen mientras él se protegía desesperadamente de otro golpe. Ella rompió su guardia y le golpeó de nuevo, enseñando dientes cubiertos de sangre.

—Te dije —gruñó Vasanti— que iba a hacerlo—

La hoja atravesó su garganta. Con un movimiento rápido, ella la extrajo, con una expresión de sorpresa en su rostro. Fue proyectada hacia un lado y cayó, convulsionándose.

Tres latidos del corazón después, ella yacía muerta.

—Le diste en la columna —jadeó Yong, de pie sobre su cadáver aún humeante—. Y mira qué sabes—el licor barato funciona como un excelente analgésico.

El Tianxi le extendió la mano para ayudarlo a levantarse y Tristan la tomó, mientras el otro hombre gruñía por el esfuerzo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo el ladrón—. Yo llevaré a Maryam.

—¿Francho? —preguntó Yong.

El ladrón negó con la cabeza. La tierra volvió a temblar bajo sus pies.

—Apúrate —dijo el otro hombre—. No me gusta cómo sigue temblando el suelo.

Maryam estaba inconsciente y más pesada de lo que habría imaginado, pero la llevó sobre sus espaldas. Solo cuando intentó alcanzarlo, Tristan pensó en mirar la explosión de luz que casi le permitió darle la vuelta a la situación con Vasanti. La figura apenas era un esqueleto, todo en un pálido amarillo, pero no había duda de en qué estaba mirando. Era la columna en la que se encontraba, la lanza apuntando al corazón de la Boca Roja. Todo lo que lo mantenía ligado a la cima de la montaña vacía se estaba desplomando, como si alguien lo hubiera boicoteado.

Vasanti tenía razón. Los demonios habían dejado una última trampa. Si los mortales osaban intervenir en su sello, bien, la estructura que lo sostenía tenía un último propósito: convertirlo en una lanza gigante que se hundiría directamente en el corazón de la Boca Roja con la esperanza de acabar con ella. Y si eso no fuera suficiente, pues, entonces el dios sería enterrado bajo toda una montaña. Sin duda, eso lo acabaría ralentizando un poco.

—Mierda —rezongó Tristan Abrascal— y empezó a correr.

Revision #1

Created 1 May 2026 09:47:06 by Michael Brown

Updated 1 May 2026 09:47:09 by Michael Brown